

# NOVELA FOX

18  
Ven a mi casa  
Olive Borden Antonio Moreno



# La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos  
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 18551

Año II

N.º 19

## VEN A MI CASA

Interesante producción, interpretada por

OLIVE BORDEN y ANTONIO MORENO

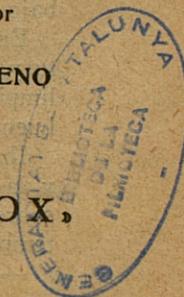
EXCELENTES

SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



# VEN A MI CASA

## Argumento de la película

En el elegante "Club Deportivo" de Long Island, millonarios y celebridades hacían sport bajo la mirada despiadada de la publicidad.

En una de las mesas se hallaba Betty Century, una huérfana millonaria, orgullosa del limpio origen de su herencia y del honor y buena fama de su apellido.

Iba acompañada de su amiga Renée Barton, y la conversación de las dos mujeres recayó sobre el tema del amor. Betty no parecía de temperamento demasiado impresionante.

—Tu indiferencia es pose, Betty—le dijo su compañera.— Cuando llegue a ti un verdadero hombre caerás a sus pies...

—Sospecho que ese hombre de verdad es tu hermano Douglas, ¿no es así?

—¿Por qué no? El vale mucho... y te quiere,

Aparecieron en aquel instante el marido de Renée, y el hermano Douglas.

Betty sentía hacia Douglas verdadero afecto, pero le hubiera sido difícil adivinar si podía convertirse en amor.

Escuchaba siempre, entre sonrisas, las ternuras amorosas del joven.

—¡Hola, Douglas!—le dijo en voz baja.— Hoy no te has declarado a mí más que una vez... Date prisa a hacerlo porque así Renée y su señor marido me dejarán en paz.

—¡No te burles, porque te quiero de verdad!

—¡Bueno... ya está otra declaración! ¡Lo celebro! Ahora vámonos a dar una vueltecita por el mar...

Se levantaron...

Un fotógrafo acercóse a Betty y le dijo:

—Por favor, señorita Century... Un retrato más para las Notas de Sociedad.

—Con mucho gusto...

La joven se colocó en estudiada pose y el retratista impresionó en la máquina.

Unos concurrentes al Club comentaron señalando a la muchacha de moda:

—Es la única joven de Nueva York lo bastante rica y bella para hacer exclusivamente su capricho...

Betty y sus amigos subieron a una canoa

gozando de la veloz carrera sobre las suaves olas.

Vieron un hermoso yate y sobre cubierta a un hombre tendido indolentemente como si durmiera.

—¡Allí está Floyd Bennings! —dijo Douglas, riendo.

—¿Está durmiendo? ¡Le despertaremos con un baño! —exclamó la traviesa Betty.

Se acercaron en dirección del yate, casi rozando su costado y viraron rápidamente levantando al efectuar esta operación un torrente de agua que cayó sobre el distraído Bennings.

Este levantóse creyendo que llovía y al escuchar las carcajadas que salían de la cercana canoa, comprendió la bromita y se echó a reir, saludando a los ocupantes con cordial gesto.

Se fijó en Betty, aquella muchacha a la que nunca había visto y quedó impresionado por la magnética belleza de su persona...

También Betty clavó los ojos en él agrandándole la figura distinguida, varonil de Floyd Bennings.

Era éste un distinguido arquitecto. Un hombre de verdad... y la desesperación de muchas mujeres.

Douglas dijo riendo a su amigo:

—¡Ya que has tomado un baño de aperitivo vistete y ven a cenar con nosotros!

—¡No faltaré!...

Y se prometió ir a cenar, sólo porque tenía la esperanza de encontrar a la delicada desconocida...

La canoa alejóse del yate...

Betty fué mirando al joven hasta que la distancia impidió la visión.

\* \* \*

Betty pasaba una temporada en la residencia de los Barton.

Aquella noche de cena y recepción eran muchos los invitados que se hallaban en los espléndidos salones de aquella casa rica.

Llegó Floyd Bennings repartiendo saludos con cierta indiferencia elegante.

Mientras hablaba con Renée, acercóse Betty y los dos jóvenes tuvieron ocasión de hablar...

La llama que había prendido en el mar ahora en tierra se hacía más intensa y viva...

Renée les dejó solos para ir a atender a otros invitados, y Bennings devorando entonces con ojos de pasión a la bella, le dijo, con la sincera brusquedad de su temperamento:

—¡Es usted bellísima! La besaría de mejor

gana que a ninguna otra mujer de este mundo...

Betty le miró ofendida. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a insultarla así?

—¿Es así como acostumbra usted a saludar? —le preguntó.

—¡Así es!... Yo digo todo lo que pienso... Venga usted a mi casa... Voy a retirarme temprano para aguardarla allí... Está al final del camino de la costa... Fíjese en una verja blanca...

Betty no contestó.

—Estaré esperando a ver las luces de su automóvil! ¡No falte! —asintió él.

—No iré!

Al propio tiempo se sentía sorprendida por la audacia de aquel hombre acostumbrado a dominar a las mujeres con su simple palabra.

¡Cómo brillaban los ojos del arquitecto! Con seguridad y tranquilidad le decían: ¡Ven!

¡Ah, no! ¿Es que se había creído que ella era una de aquellas otras mujeres que conquistaba con tanta facilidad?

Renée volvió a su lado, y Bennings aprovechó la ocasión para alejarse. La amiga dijo entonces a Betty con cierto reproche:

—No dejes que Bennings te impresione con sus palabras! Según confesión propia odia a las mujeres.

Acercóse Douglas, y le dijo:

—¡Por Dios, Betty! ¡No te encuentro sola un minuto!

—No se pueden tener simpatías, chico!

—Vamos a la mesa —dijo Renée—. También los enamorados necesitan comer...



—¡No te encuentro sola un minuto!

Betty hizo un movimiento desdenoso de hombros... ¿Enamorada ella? ¿De quién? ¿Iba a estarlo acaso, de Douglas?

La comida transcurrió alegremente. Bennings

se había ya ausentado alegando una ocupación perentoria...

Betty tuvo que soportar durante toda la cena las palabras abrumadoras de Douglas pretendiendo arrancarle el suspirado sí.

¡Qué pesado se ponía aquel muchacho! ¡Es que no lograría nunca sacudírselo de encima?

Después del ágape, Betty y su pretendiente salieron al jardín, comenzando a perseguirse entre risas por las alamedas iluminadas de luz de luna.

Ella cayó al suelo y Douglas la levantó y al tenerla en brazos la besó largamente volviendo de nuevo a declararle la pasión de su alma.

—¡Betty... Betty... bien sabes que yo te quiero!... ¡Por qué no aceptas mi cariño?

La muchacha era muy ligerita, así es que para evitar que le siguiera importunando con sus declaraciones, simuló ceder a su amor.

—¡Perfectamente, Douglas, seremos novios!... ¡Poca importancia tiene un compromiso entre amigos!

—¡Oh, Betty! ¡Qué feliz soy!

Volvió a besarla y Betty sonrió al ver aquella felicidad que proporcionaba a su enamorado.

¡Quién sabe! ¡El corazón da tantas vueltas! Tal vez ella acabase por amar de verdad al que ahora era novio sólo para pasar el rato.

Llegaron Renée y su marido.

—¿Dónde os habíais metido, criaturas?— dijo Renée.—Todo el mundo se ha marchado ya...

—¡Hermana! ¡Una gran noticia!... ¡Betty y yo estamos comprometidos!

—¡Qué bien!

Ni Renée ni su esposo pudieron ocultar su inmensa satisfacción, y felicitaron a Betty que ahora comenzaba a arrepentirse de haber dado un sí que no correspondía al estado de su alma.

Renée acompañó a Betty a su habitación y le dijo:

—Nuestro regalo de bodas será el terreno contiguo... siempre que me prometas instalar la habitación de los niños en el rincón más apartado...

—¡Sí... sí!—dijo Betty con una sonrisa que un observador hubiera definido como dolorosa.

—¡No es maravilloso saber que vas a dedicar tu vida a Douglas por entero... a su porvenir... a sus hijos?

Ella no respondió.

—Bajo la influencia de Douglas sentarás la cabeza, hija mía... ¡Imagínate!... ¡En unas semanas te habrás convertido en la más digna mujer de su casa, con todas las responsabilidades correspondientes!

—Amiga mía... tengo un poco de jaqueca... desearía estar sola—suspiró Betty con un anhelo de soledad que alejara la turbación de su alma.

—Bien... no quiero molestarte más... Pero mira, ahí en la biblioteca tienes un espléndido libro que me ayudó mucho cuando me casé.

Y le entregó un volumen que daba consejos para el estado matrimonial.

Cuando la joven quedó sola, amargos pensamientos atormentaron su alma...

¿Por qué había dado una palabra de amor sin reflexionar en si realmente sería feliz!

¿Cómo hacerlo para desligar lo qué ella misma había atado voluntariamente?

Le fué odiosa la soledad y marchó al garaje... Subió a su automóvil y emprendió rápida marcha por la carretera de la costa con ánimo de aturdirse un poco...

Iba por un camino desconocido para ella, sin lugar de destino, buscando sólo el aire fresco de la noche que despejara su cargada imaginación...

Sus pensamientos se atropellaban... Un conflicto de emociones... ¡Douglas... un hogar... hijos!... ¿No sería mejor la libertad?

Vió de pronto a uno de los lados del camino una verja blanca, e instantáneamente re-

cordó a Bennings y la cita que éste le había dado.

¡Misteriosa casualidad!

Se detuvo un momento para leer el letrero que había ante la verja en un buzón:

### FLOYD BENNINGS

¡No había duda! ¡Estaba ante la casa del arquitecto!

Aquel hombre le había impresionado más que ningún otro hombre en la vida!... ¡Su modo de presentarse, su aspecto dominador, el brillo intenso de sus ojos!

¡Bah! ¡Seguramente la estaría aguardando! ¡Estaría bonito que aceptase!

Iba a seguir la marcha cuando abrióse la puerta de la verja y apareció la figura atractiva de Bennings.

Acercóse a Betty y la dijo sonriente:

—Llega usted retrasada. La estaba aguardando.

Betty no se atrevió a negar. ¿Qué explicación iba a dar por haberse parado ante la casa? Bennings no creería en la casualidad que hace y deshace las cosas.

Bajó del coche, y aturdida por aquella aventura, entró en la casa, acompañada de su nuevo amigo.

Otro automóvil se había detenido ante la ver-

ja y su ocupante había espiado la entrada de Betty.

Sonrió de modo malévolos y aguardó... Era un hombre joven y de ojos maliciosos...

Betty, ligeramente aturdida, entró en una de las salas... Vió una mesa con dulces y bombones.

Todo parecía preparado para recibir la suave visita de una mujer.

Bennings con exquisita atención la dió a comer cerezas en dulce que supieron a gloria a la ingenua criatura.

—Me ha puesto usted impaciente — le dijo él de pronto —. Como estaba tan seguro de que vendría, su retraso me sorprendió.

—¿Y por qué estaba usted seguro?

—No podía usted haberlo evitado... como tampoco pude yo evitar el rogarla que viniese.

—Pues casi me decidía a no venir.

—Hubiera hecho mal. Yo no podía pasar sin verla...

Se le acercaba mucho envolviéndola en oleadas de turbación... La joven se sentía deslumbrada, encantada...

¡Oh, sí! ¡Nunca su corazón había latido por el amor como ahora!

Levantóse y miró unos objetos que había sobre una mesa. Cogió un bello encendedor de oro y nácar. ¡Qué bonito!

—¡Guárdealo como recuerdo de esta noche!

—le dijo él.

—¡Gracias!... Es una cosa valiosa.

—Vamos, Betty, míreme usted bien. Adivino que sufre... que su alma no se halla tranquila.



*Bennings con exquisita atención...*

—¿Por qué? — preguntó sorprendida.

—Esta noche supe que iba usted a casarse con Douglas. Esta clase de noticias circulan siempre con gran rapidez.

—¿Y qué?

—¡Se ha dejado engañar! Yo sé que usted no le ama. Pero Renée la ha convencido, la ha tendido una trampa y usted ha caído fácilmente en ella...

—Sus palabras no hacen mucho favor a Douglas — contestó ella, despechada—. Si no le quisiera... sería aún... libre. ¡A mí nadie me impone amor!

—¡Qué palabra tan bonita ha dicho usted ahora!... Pero, ¿qué me importa a mí Douglas?... ¡Mire!... Tengo tantos deseos de besarla que no quiero pensar en otra cosa...

—¡Caballero!

—¡Betty... Betty encantadora!

Y sin que ella pudiera evitarlo, la rodeó el talle, la besó en los cabellos, en la boca...

Betty se sintió esclava del tirano, apresada por sus manos dulces...

Y Cupido obtuvo una victoria más.

\* \* \*

Betty despertó muy tarde...

La doncella abrió las ventanas dejando que entrara el sol.

—¡Buenos días, señorita! — le dijo—. ¡Tiene usted aspecto de haber descansado bien!

—¡Sí, mucho!...

—El señor Douglas la aguarda en la playa desde hace una hora.

—¡Ah!

Vistióse rápidamente y mientras lo hacía surgían los recuerdos de la noche de pasión.

Había pasado bastante tiempo en casa de Bennings saliendo de allí casi a la madrugada.

Sin que ella lo supiera, aquel hombre del automóvil la había visto. ¡Como se hubiera asustado Betty al descubrir su sonrisa de triunfo!

Por fortuna, en casa de los Barton nadie se había enterado de su escapada nocturna. ¡Si llegan a averiguarlo!

Se disponía a marchar a la playa cuando apareció la doncella y le dijo:

—Un caballero la llama por teléfono, señorita.

Betty acudió al aparato. La voz de un desconocido la hizo estremecer.

—¿Qué precio está usted dispuesta a pagar por mi silencio acerca de su visita nocturna al señor Bennings?

Quien telefoneaba era aquel individuo del automóvil.

Betty tembló... ¿Quién era aquel hombre?

—¿Me oye usted? — insistió la voz—. Dí-

game cuánto me pagará para que silencie lo que  
ví desde una ventana!...

Intentó negar, defenderse.

—¡No comprendo a qué se refiere usted! —  
dijo.

—¡Me refiero a la suma en que estimo mi se-  
creto! ¡Piense usted sobre esto antes de que  
vaya a ver a su amigo Douglas!

Ella colgó, frenética, el aparato. No quería  
saber más, no quería escuchar más.

La certidumbre de que su honor estaba en  
peligro la horrorizó. Se vió ya despreciada por  
una sociedad que sólo toleraba las faltas cuan-  
do no salían al dominio público...

¡Ah, ella amaba a Bennings! ¡El amor la  
había entregado en sus brazos con la irreflexión  
del cariño!

Comprendió que era preciso advertir cuan-  
do antes al amado.

Telefoneó a su casa, pero un criado respon-  
dió:

—El señor Bennings partió a su casa de  
Nueva York hace una hora...

Betty se decidió a marchar al propio domicilio  
de Bennings. Era preciso que entre los dos bus-  
caran un plan para impedir el escándalo con  
que se les amenazaba.

Escribió una tarjeta para Douglas.

*Querido Douglas:*

*Tengo que salir apresuradamente en el pri-  
mer tren por un grave asunto de negocios. Per-  
dóname por no esperar a decirte adiós y díselo  
así a Renée.*

*Betty*

Media hora más tarde llamaba a casa de Ben-  
nings. Un criado le franqueó la puerta y ante  
Betty se presentó un espectáculo realmente ines-  
perado.

En un gran comedor se encontraban más de  
treinta mujeres devorando un exquisito lunch.

Bennings, entre ellas, les hacía, sonriente, los  
honores de la casa.

El arquitecto al ver a Betty corrió hacia ella  
y los dos se dirigieron a un contiguo salón.

Los ojos de Betty miraron furiosos, exal-  
tados.

—¡Y dicen que odias a las mujeres! — gri-  
tó. —¡Y tienes tu casa convertida en un ha-  
rem!

Se dirigió hacia la puerta, pero él la detu-  
vo:

—¡Aguarda, Betty, te lo suplico!... ¡Te ase-  
guro que no tengo nada que ver con ellas!

—¿Qué hacen en tu casa?

—Sencillamente. Soy empresario de teatros  
además de arquitecto y esas muchachas son las

artistas. Para celebrar el éxito de un estreno las invitó a un refresco.

Dirigióse hacia ellas y les dijo:

—¡Ya es hora de que se presenten al ensayo! ¡Pueden retirarse todas!... ¡Adiós!

Las muchachas acabaron de beber sus copitas y se retiraron en bandadas como alegres pájaros, nuncios de primavera.

La casa volvió a quedar en silencio.

—¿No me crees, Betty? — le dijo él.

—Sí... pero he venido para hablar de un asunto gravísimo, decisivo. ¡Si tú supieras! ¡Amenazan mi honor!

—¿Quién? ¿Cómo es eso?

—Me ha telefoneado un desconocido... Sabe que pasé la noche contigo y quiere el precio de su silencio. ¡Figúrate!

—¡Ah, el canalla! — rugió el joven—. ¡No te asustes! ¡Nos casaremos en seguida! Esa es la única forma de frustrar su infame ataque.

—¡Bennings, tengo miedo!

—¡Te amo... y nadie podrá nada contra nuestro amor!

Sonó el timbre del teléfono, Bennings corrió al aparato. Quien llamaba era el anónimo sujeto que amenazaba con dar la noticia a los cuatro vientos. Necesitaba dinero para callarse, ¿comprendía?

Bennings rechinó los dientes de rabia. ¡Si en

aquel momento tiene ante él al miserable, le aniquila.

Se contuvo y respondió:

—Aguárdeme usted en mi oficina, en el centro de Arquitectos. Estaré allí dentro de veinte minutos.

Dejó el teléfono y dijo a Betty que le miraba con cierto espanto:

—¡No temas, amor mío! ¡Dónde lo encuentre lo mato!



—¡No temas, amor mío! ¡Dónde lo encuentre lo mato!

—¡ Bennings!  
 —¡ Vete a casa!... Te llamaré por teléfono a tus habitaciones antes de una hora.  
 —¡ No te pierdas! ¡ Ten calma!  
 —¡ Déjame hacer!  
 Betty le dió su tarjeta con las señas de su casa... Luego abandonó la estancia... Sentía un gran temor...  
 ¿Qué iba a ocurrir entre aquellos hombres prontos a la lucha?

\* \* \*

Cuando Betty llegó a su hogar encontróse con Douglas que la estaba esperando con muestras de gran nerviosidad.

La joven ante la vista de su novio pretendió disimular su turbación y le sonrió cariñosamente.

—Betty — le dijo él—, tengo algo muy serio que tratar contigo.

La joven sospechó la verdad, pero dijo disimulando:

—¡ Anímate, hombre! ¿ Por qué esa melancolía en un día tan hermoso?

—Corre un rumor incalificable acerca de ti y de Bennings...

Se detuvo para ver el efecto que aquellas palabras producían en la mujer querida... Betty procuró ocultar su emoción...

—¡ Douglas!

—¡ Desde luego, no lo creo... y si supiera el nombre del canalla que lo ha lanzado, le mataría!

Betty se echó a llorar. El convencimiento de que su deshonra era ya pública le producía un dolor inmenso.

Al verla derramar llanto, Douglas, que era un buenísimo muchacho, se acusó de lo que había dicho.

—Fué indigno de mí que te lo hubiera mencionado... ¡ Perdóname! Sé que tú eres buena... y que nadie puede echarte paletadas de fango.

La joven alzó la suave cabeza y no queriendo que Douglas viviera en la ignorancia de su pecado, dijo:

—¡ Douglas... lo lamento... pero es verdad!

—¡ Oh! ¿ Qué dices?

—Desgraciadamente es cierto... ¡ Estuve en casa de Bennings!

Una inmensa desesperación se apoderó del burlado novio... Pero amaba tanto a Betty que,

a pesar de la ofensa, la perdonaba de todo corazón...

¡Si para él aquella mujer era la luz y el aire de su vida!

—¡Cuánto te he hecho sufrir, pobre amigo mío! — dijo Betty.



—¡Estuve en casa de Bennings!

—¡Escúchame, Betty! ¡Te amo!... No me importa lo que hayas hecho. ¡Te adoro!

Y su amor era tan grande que todo lo tol-

raba con tal de no perder la ilusión que alimentaba su vida.

Un caballero, precedido de una criada, entró en la estancia. Audazmente se dirigió a Betty y le preguntó:

—¿Es usted la señorita Betty Century?

—Sí, señor... — dijo extrañada la joven.

—¿Me sería permitido preguntarla si conoce usted bien a Floyd Bennings?

—¿Quién es usted? ¿Qué derecho le asiste para interrogarme de este modo?

El desconocido le mostró una chapa de policía.

Betty le miró asombrada. ¿Qué quería de ella aquel hombre?

—Bennings es lo que suele llamarse un amigo... íntimo suyo, ¿no es así? — continuó con retintín el agente.

—¡Esto es intolerable! — dijo Douglas.

—¿Por qué? ¿No saben ustedes? Bennings acaba de matar a un hombre...

—¡Oh!

La imagen del desconocido que pretendía vender su secreto pasó ante Betty... ¡El arquitecto había cumplido, pues, su amenaza!

—¿Y qué tengo yo que ver en ello? — dijo.

—Es que hallamos esta tarjeta en el bolsillo de Bennings... y es probable que necesitemos de usted!... ¡Ya se le advertirá si acaso!

Salió el policía, y la joven se tendió en un sillón llorando desconsoladamente la tragedia. Douglas, melancólico, se alejó...

A pesar de todo lo que sucedía, no se resignaba a la idea de haber perdido para siempre a su ídolo.

\* \* \*

Siguieron días interminables... Lentamente funcionaba la majestuosa maquinaria de la ley.

Se celebraba la causa contra Bennings, acusado de homicidio en la persona de Trailoy, el sujeto que había pretendido comprar su discreción.

La gente llenaba la sala del Tribunal.

Entre el gentío se encontraban Betty, Douglas y sus hermanos...

Interrogó el fiscal al procesado, pero cuantas veces lo intentó, encontró siempre la misma contestación:

—Me niego a responder.

—Su resistencia a contestar a nuestras pre-

guntas imposibilita su defensa — le dijo el presidente.

Pero él siguió manteniéndose en su mutismo. No quería confesar las causas por las cuales cometió el delito.

El temor a comprometer a una mujer ataba su lengua sin que nadie pudiese arrancarle la menor confesión.

El fiscal añadió:

—Todo concurre a demostrar, señores, que Bennings dió muerte a Trailoy a sangre fría y con toda deliberación... En castigo de su crimen, el Estado reclama para él la pena de muerte.

No se alteró la faz de Bennings. En cambio Betty se estremeció y de sus ojos se escaparon unas lágrimas.

¡Noble Bennings, por no mezclar el nombre de ella en el escándalo, agravaba dolorosamente su situación!

—¿Por qué no habla, por qué no trata de salvarse? — decía el defensor a Bennings.

El se encogió de hombros. Nunca diría nada.

Iba el Jurado a retirarse para deliberar, cuando Betty, sin poder resistir por más tiempo su emoción, se levantó y a pesar de que Douglas intentó detenerla, corrió hacia el estrado diciendo:

—¡Quiero declarar... quiero declarar!... ¡Este hombre mató por defender mi honor!

Aquellas palabras produjeron extraordinaria sensación. Douglas y sus hermanos comentaron el gesto de Betty... ¡Comprometerse inútilmente ante el mundo!

Bennings hizo seña a Betty de que callase... ¡No, no, amor!... ¡Ni una palabra! El mundo no debía gozar con el espectáculo de la verdad.

Pero Betty con lágrimas en los ojos se hablaba ante el presidente, firme y grave, dispuesta a efectuar una declaración sincera.

El presidente preguntó:

—¿Están de acuerdo el fiscal y la defensa en la posibilidad de que la declaración de esta señorita lleve a revisión el proceso?

La respuesta fué afirmativa y el presidente ordenó entonces a Betty que hablase.

Y ella confesó, sencillamente, la verdad... Habló cómo aquel hombre asesinado por Bennings pretendía realizar una labor de "change", cómo el procesado había obrado en defensa del honor de ella.

Y para dar mayor verosimilitud al relato tuvo que confesar que ella había visitado una noche a Bennings en su casa.

El arquitecto se desesperaba ante aquella de-

claración... Varias veces le hizo señal de que callase, pero ella siguió hasta el fin su labor de depuración.

Luego con la satisfacción del deber cumplido aun a costa de los jirones de su honra volvió a su sitio...

Douglas la miró con inmensa tristeza. ¡Qué abismo había levantado entre ellos!

El jurado se retiró a deliberar...

\* \* \*

Aquella noche la gente arrebataba los periódicos de manos de los vendedores.

Con grandes titulares los periódicos decían:

UNA JOVEN MILLONARIA CONFIESA  
SUS RELACIONES INTIMAS PARA  
SALVAR A BENNINGS

*El procesado ha sido absuelto ante la declaración de que había matado por salvar el honor de una mujer.*

*Trailey era un "chantagista", licenciado de presidio.*

Aquella noticia la leyeron Douglas y su hermana Renée. Esta le dijo pretendiendo acallar el dolor del joven:

—¡Debes olvidarla, Douglas!... ¡Ya no puede ser tuya!...

—¡Pero, yo la amo, la amo! ¡Y ahora más que nunca necesita que nos intereseamos por ella!

—¿Por qué? ¿Tan ciego estás? Seguramente Bennings se encargará de ella.

—No, Bennings ha sido amigo mío y le conozco bien... Bromea con las mujeres y nunca se casará con ninguna... Yo siento en mi alma deseos de abnegación... Hemos de ayudarla.

—¡Cuánto la amas! — suspiró, maravillada, Renée.

—¡No puedes darte cuenta!.. Y mira, se me ocurre una idea. Ofrece en honor de Betty un almuerzo... ¡Invita a todas las damas de influencia que conozcas! ¡Si tu la recibes públicamente, nadie se atreverá rechazar su amistad!

—Me parece que no sacaremos nada... ¿Quién va a querer en lo sucesivo a Betty?

—¡Hazlo por mí, Renée!

Su hermana acabó por acceder e invitó para el día siguiente a un almuerzo en la terraza del Club a varias amigas, entre ellas, Betty Century.

Libre ya, el arquitecto Bennings corrió aquella mañana a casa de la mujer que le había salvado con su declaración.

—La señorita Betty salió para almorzar en el Club — le dijo un criado.

Bennings se dispuso a ir allí.

Su amada no había llegado aún... Vió en una mesa a varias damas que le volvieron la cabeza, desdeñosamente.

Sonrió amargado. El proceso pesaba mucho sobre él... Aquella sociedad quería tenerle al margen. ¡Qué miseria!

Fué a ocupar una lejana mesa... ¡Con qué impaciencia esperaba la llegada de la mujer que adoraba!

Renée estaba en otra de las mesas con su hermano Douglas, el buen enamorado, y varias damas.

Estas vieron de pronto acercarse a Betty Century y una de ellas murmuró a sus amigas:

—¡Dios mío! ¡Allí está Betty Century!

—¡Espero que no se atreverá a llegar a esta mesa!

Se fijaron entonces en que sobre uno de los

platos había una tarjeta con el nombre de Betty Century.

— ¡Oh, Dios! ¿Ellas tendrían que comer en la compañía de aquella muchacha sin honra?

— ¡Esto es un verdadero ultraje! — murmuró una de ellas.

— ¡Es vergonzoso que nos hayan hecho venir a este almuerzo!...

Se levantaron y dirigiéndose a Renée le dijeron en tono desabrido:

— Lo sentimos mucho, pero no podemos estar aquí un segundo más... ¿Es que no se ha dado usted cuenta?

Marcharon las encopetadas señoras... Betty se había sentado a la mesa y comprendió perfectamente las causas de aquella huída.

Renée miró a su hermano con desconsuelo. ¿No se daba, pues, cuénta, de que Betty estaba para siempre fuera de la sociedad?

Desde su lejana mesa Bennings contempló a su salvadora, a la mujer... amada.

Betty dijo a su amiga haciendo esfuerzos por no llorar:

— No esperaba otra cosa de tus amigas, querida... Pero tú has sido muy generosa... ¡Gracias... y adiós!

Y aejóse hacia uno de los pabellones del club mientras se secaba las lágrimas.

Douglas, siempre ferviente enamorado, qui-

so seguirla, pero un hombre le interceptó el paso.

Era Bennings.

— ¡Se lo ruego!... ¡No la siga usted!... Su hermana y usted la han humillado ya hoy bastante...

— Bennings... yo debía odiarle a usted! — dijo Douglas intentando levantar el brazo.

— ¡Sería absurdo! Esa mujer... me pertenece, es mía... ¡Figúrese usted si me ama que no ha vacilado en manchar su honor por salvarme!... No se ponga usted en mi camino.



— ¿Es que no se ha dado usted cuenta?

Sería inútil...

Había tanta decisión, tanta energía en las palabras de Bennings que el joven Douglas bajó los ojos, entristecido.

¡Ahora sí que abriría los ojos a la realidad! ¡Aquel hombre se llevaba para siempre a Betty!...

—¡Vaya usted! —murmuró, sollozante—. Comprendo que sería una locura insistir en mi pretensión.

El enamorado volvió al lado de su hermana para sollozar la perdida de su ilusión.

Bennings encontró aún en el Club a Betty cuando ésta se disponía a partir.

—¡Betty! —le dijo deteniéndola—. ¡Ven a mi casa!... ¡Y para siempre!... No eres para mí un amor pasajero como los que tuve hasta ahora... Eres el único... el que sabe sacrificarse, el verdadero amor...

—¡Mi Bennings!

Y ambos se estrecharon en un abrazo que decía amor... eternidad.

F I N

Pida V. en todas partes

NÚMERO ALMANAQUE de  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
para 1929

**B.**

Jane S. Ward